

José Alejandro Bermúdez

Por Alfredo Delgado Plaza

¡Qué bien aparece él en la familiar estampa con que algún diario quiso revivir su semblante! Llano, con la llaneza acogedora que le conocimos cuando descendía de sus jerarquías para perderse en amigable charla con sus inferiores; inundado el rostro de la arisca sonrisa que daba a sus facciones tinte de simpática rudeza; viva la pupila que supo penetrar conciencias, sosegar pasiones y señalar caminos de mejoramiento; extendida la diestra en el gesto siempre generoso que la moviera; palpitante toda su persona de bondad, lustre e inteligencia.

Y ¡cómo cuadra de bien a su carácter de servidor de la juventud la compañía del discípulo que, a su lado, se muestra, en regocijo de infancia perfecta! Traduce la fresca fisonomía un aire de cariño, de respeto y orgullo ante la severa figura del maestro.

Grave fondo sustenta y decora tan elocuente fotograbado: Es la casona del Hospicio, amplia y secular, el Colegio de "Nariño", teatro nobilísimo donde corrieron para el doctor Bermúdez escenas palpitantes de sus últimos años. Allá le conocimos en una tarde plagada para nosotros de zozobras y temores. Acogiónos con trato de viejos amigos y, con gentileza que obliga a nuestra gratitud, puso cumplido remedio a nuestras inquietudes.

Quienes de su intimidad gozaron, cuentan y repiten de él las mejores anécdotas que dibujan, en trazos de subido encomio, al notable sacerdote, digno ministro de una Iglesia santísima; al ciudadano ejemplar, honra y prestigio de su urbe; al patriota eminente, historiador y vocero de las glorias nacionales; al pedagogo desvelado, fundador y vida de un ilustre plantel; al competéntísimo catedrático que, con su saber, aprestó las aulas de varias universidades; al servidor de esta casa rosarista que reverencia, ama y acoge su memoria como luz de virtudes y símbolos de enseñanzas nutridas.

Sobre la tumba del colombiano esclarecido deposita el Colegio de fray Cristóbal su tributo de duelo y de agradecimientos.

